

CRONICA

EL MUNDO

Domingo, 18 de marzo de 2001 - Número 283

REENCUENTRO | EL NIETO DE MOSCÚ

El nieto de Moscú

MIGUEL ÁNGEL MELLADO. Enviado especial a Praga

Hace 32 años, Aurora, hija del dirigente comunista Ignacio Gallego, daba a luz un bebé en Moscú. Pero no era un bebé cualquiera: tenía una tara física y la propaganda soviética no podía permitir un hijo así. Tras un año en el hospital, le dijeron que estaba muerto. Treinta y dos años después, él llamó a la puerta de ella en Praga

Aurora llegó a la cita 15 minutos antes de la hora establecida. ¿Pero qué es un cuarto de hora, 900 segundos de anticipación, cuando se lleva esperando 32 años, algo así como 1.000 millones de segundos? En realidad, la vida de Aurora no estuvo pendiente de este encuentro en un sitio tan impersonal y plastificado como un Dunkin' Donuts de Praga, una bellísima ciudad infectada por establecimientos de comida rápida y colesterol seguro, por supuesto con patente americana.

Porque Aurora, hasta las 20.30 horas del pasado 6 de noviembre del año 2000, vivió ignorando que aquel niño maltrecho que dio a luz en el gélido Moscú de 1968 y cuidó durante un año con el cariño de una madre gorkiana no estaba muerto como una mañana le comunicaron por teléfono, asépticamente y sin más preguntas que hacer. En la Unión Soviética del presidente Breznev preguntar, incluso por la suerte de un hijo, era sospechosamente subversivo.

Rubén no había muerto. Sencillamente alguien muy importante decidió que por el bien de la imagen del partido (comunista) y también por el de Aurora, tan joven, tan llena de vida, con sólo 22 años, aquel niño debía desaparecer. Y así estuvo el pobre, desaparecido, milagrosamente sobreviviendo durante buena parte de sus 32 años en orfanatos y en asilos para locos y ancianos.

Aurora y Rubén relatan su vida desde un céntrico piso de Praga, enclavado en una estrecha calle por la que hace años arrastró sus penas y fantasmas Franz Kafka, sin saber que justo allí, un siglo después, habría encontrado un formidable argumento en la historia kafkiana de Aurora Gallego, hija de Ignacio Gallego, dirigente en el exilio del Partido Comunista de España y convertido en vicepresidente del Congreso de los Diputados tras la llegada de la democracia. Rubén, de bruces sobre el colchón que le sirve de cama, silla, sillón, parqué y segunda piel, no ignora, por fin, por qué se llama así: él no servía para ser exhibido públicamente como nieto del dirigente comunista Gallego, pero sí para perpetuar la memoria del hijo heroico de Pasionaria, Rubén el primero, caído a principios de los 40 en el frente ruso, ante las tropas de Hitler, y condecorado con la máxima distinción de la Unión Soviética junto a otros 11.500 soldados.

Las vidas de Aurora y Rubén son, en cierto modo, la historia en relieve de buena parte del siglo XX, víctimas de terribles sucesos como la Guerra Civil española, la II Guerra Mundial, el fracaso del comunismo y la simplicidad de las soluciones egoístas del capitalismo, como el Dunkin' Donuts de Praga donde madre e hijo se encontraron: paradigma de la tierra prometida y un futuro mejor.

ACTO I / AURORA



Aurora nació en París en 1946. Su padre, Ignacio Gallego (que la sostiene en brazos) vivía con estrecheces de la caja del PCE en el exilio. Salvo él, la familia Gallego se trasladó a Varsovia.

La brutal separación

En realidad, Aurora no se llama Aurora. Su nombre es Esperanza y estuvo a punto de ser registrada como Dolores. Pero la madre de Aurora, la esposa de Ignacio Gallego, se opuso a que su primera hija se llamara como Pasionaria, Dolores Ibarruri, la mujer de negro y de hierro que dirigió desde la URSS los destinos del PCE en el exilio desde 1943 hasta su muerte, en Madrid en 1989, sirviéndose de personajes como Santiago Carrillo, que acabó mandando más que ella, y de otros comunistas de menos formación y carisma, como era el caso de Ignacio Gallego.

Desde que Aurora, mejor dicho, Esperanza, pues así fue inscrita por su padre, nació en París en 1946, su vida fue un permanente trasiego geográfico, marcado, recuerda ahora, por la falta de calor familiar. Por eso, desde pequeña, tuvo una obsesión: ser madre y manifestar su ternura y sus afectos filiales sin cortapisas.

Con cuatro años cumplidos, ella y su hermano Rubén (éste fue el nombre que Ignacio Gallego puso también a su hijo, como el de Pasionaria, y luego repetiría con su nieto) abandonaron Francia al carecer su madre, bilbaína, de la nacionalidad francesa. Y fueron a parar a Praga, adonde 40 años después volvería Aurora, pero ya como periodista de Radio Libertad, la emisora creada por Estados Unidos en tiempos de la guerra fría para emitir propaganda en los países del bloque comunista.

El PCE en el exilio, que controlaba la vida de sus militantes más destacados Ignacio Gallego se quedó ilegalmente en París, preparando la próxima caída de Franco, decidió reenviar a la familia Gallego desde Praga a Varsovia. «En Polonia tuve mi primer contacto con un orfanato. A los seis años nos metieron a mí y a mi hermano en un centro de éstos. Éramos los únicos que teníamos padres», recuerda Aurora, «pero mi madre había caído enferma y no podía atendernos, y mi padre vivía en París, trabajando para la causa». Sólo veía a su padre una o dos veces al año, cuando éste acudía a Varsovia a alguna reunión del partido. «Ahora pienso que mi padre fue una especie de Espartaco, jefe de los más pobres, idealista... Fue un político con talento, no sé si comunista convencido, pero desde luego no un padre ni un marido».

A los 8 años, siempre con la anuencia del partido, Aurora/Esperanza y Rubén ingresaron en un internado de la embajada de la Unión Soviética en Varsovia, donde tuvieron de todo menos cariño. Por eso Aurora, desde pequeña, soñaba con tener una familia, un hijo, educarlo y verlo crecer con el estímulo del cariño. En los tres años que permaneció en la escuela para hijos de funcionarios y dirigentes comunistas, Aurora se cultivó en la tradición literaria rusa, mucho Tolstoi por supuesto, y más Acorazado Potenkin, la película de Sergei Mijalovich Eisenstein rodada en 1925, basada en la revuelta popular acaecida en Odessa en 1905, y utilizada por los bolcheviques como símbolo del poder del pueblo frente a la opresión zarista y capitalista. «La vi miles de veces, con ese cochecito que rodaba escaleras abajo...». Todo un prelude.

La familia Gallego se multiplicó y los dos hermanos se convirtieron en cuatro, pese a las distanciadas pero fructíferas presencias de Ignacio Gallego. De los cuatro hermanos, Aurora, Rubén (matemático), Jorge (científico) y Lolita, sólo esta última milita en un partido comunista. Dolores (al final, la mujer de Gallego no se libró de que una de sus hijas llevara el patronímico de Pasionaria) es secretaria personal de una senadora del debilitado Partido Comunista francés.

Aurora volvió con sus hermanos a París y allí vivió hasta los 20 años, momento en el que la obligaron a que la brújula de su vida señalara Moscú, con fatales consecuencias, como se verá. De París recuerda Aurora la vida en el liceo francés y las amistades de su padre «un hombre, pese a todo, honrado. Cobraba lo mínimo del partido, no como otros...» con personajes como Picasso. Ignacio Gallego era el contacto del PCE en París con el pintor comunista. Cuando la organización necesitaba dinero, Gallego iba a la casa de Picasso y el artista le pintaba un cuadro y le decía: «Si queréis más dinero, vendo el cuadro y os doy lo que obtenga; la pintura hoy es puro negocio, sólo hay que saber cuándo puedes sacar cuadros al mercado o retirarlos para que te paguen más».

No fue precisamente por negocio por lo que Aurora Gallego fue enviada a estudiar a Moscú. Ella y su inseparable hermano Rubén. Fue en 1966 cuando Ignacio dijo a sus dos hijos mayores que, por solidaridad con sus hermanos, quizás habló de camaradería, ellos debían ir a la Universidad de Lomonosov, en la capital soviética, para que los

pequeños pudieran seguir estudiando en París. El estipendio de la caja clandestina no daba para más.

Y fue allí, en la Lomonosov, la universidad más vieja de la antigua Unión Soviética, fundada en 1775 por algún Romanov, donde Aurora se enamoró perdidamente de un venezolano, mulatón y revolucionario, que con los años acabaría siendo director de un banco de Caracas. Así es la vida.

Así es la vida aquí, le dijeron a Aurora en Moscú, embarazadísima, con dos fetos en sus entrañas, frágil, psicológicamente marcada por un enorme déficit de afecto. Y sin apenas atención médica; era una universitaria extranjera en un país que, en 1968, tampoco vivía en la abundancia.

Aprovechando una esporádica visita de su padre a Moscú, Aurora fue atendida en una maternidad exclusiva para la elite del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS); lo que ignoraba Aurora es que la dicha y la desdicha van prendidas en el alfiler de la vida.

En el octavo mes de gestación le provocaron el parto. Uno de los niños murió a los 10 días. Y lo incineraron. El otro salió por los pies; antes de que una hemorragia se llevara por delante a la hija de un líder comunista, protegido por la camarada Dolores Ibarruri, condecorada con la medalla de Lenin en 1964, la comadrona rusa se empleó a fondo para que el parto se resolviera pronto. Y lo consiguieron, aunque el niño salió malparado, con una lesión cerebral.

La cafetería de Praga donde, el pasado domingo, Aurora comenzó a relatarnos el secuestro de su hijo durante 32 años, y su vida vacía de afecto durante su infancia, es tenebrosa. Permanece indeleble cierta atmósfera de un pasado comunista, pese a que Praga fue el paradigma de la apertura dentro de los países oprimidos bajo la férula de la URSS.

«Rubén nació el 20 de septiembre de 1968. Durante un año yo permanecí entre cuatro paredes cuidándolo en el hospital. Mi marido sólo podía visitarme dos veces a la semana. Y así un mes, y otro, y otro más. Y el mensaje de los médicos siempre era el mismo: "Tu hijo no tiene solución, pero si te empeñas...". Nadie me ayudaba a cuidarlo, a administrarle oxígeno cuando no podía respirar. "Si lo ves que se pone verde", me decían, "ábrele más el oxígeno, pero no te pases porque lo puedes dejar ciego"».

Aurora está convencida de que el objetivo «de alguien importante» era que el niño muriera, o romperla psicológicamente para que lo abandonara. Tras un año encerrada, salió del hospital para pasar 15 días con su marido en la universidad. Al volver a su siniestra habitación de paredes blancas, le dijeron que el pequeño Rubén había empeorado. Entubado, no le dejaron acercarse a él. A la mañana siguiente la llamaron por teléfono para comunicarle que el niño había muerto.

«Y a mí me faltó valentía para presentarme allí, y exigir que me lo enseñaran muerto. Aunque si hubiera ido, me habrían dicho, seguro, que ya lo habían cremado». Aquel día de 1969, mientras Estados Unidos y la URSS firmaban el Tratado de No Proliferación de Armas con Cabezas Nucleares, la inteligentísima cabeza de Rubén pegada a un cuerpo incipientemente mal desarrollado comenzaba un periplo incierto, con un final deseado por ese misterioso «alguien»: que muriera más antes que después. «Pero la vida es un milagro», decía Rubén a CRÓNICA, el lunes pasado, desde el piso de su madre en Praga.

Aurora superó como pudo la noticia de la supuesta muerte de Rubén.

«Yo no creo que mi padre supiera que el niño no estaba muerto; tampoco puedo acusar a Dolores Ibarruri de que fuera ella quien dio la orden».

Se separó de su marido, el venezolano David, y poco tiempo después acabó casándose con un escritor, Sergei Iourienen, un disidente como Alexander Solzhenitsyn pero sin Nobel de Literatura.

La hija de Ignacio Gallego era incorregible: primero tiene un hijo disminuido y no quiere abandonarlo, y luego se junta con un contestatario, dentro de lo que la KGB y los gulag

de Siberia permitían discrepar.

Aurora recuerda cómo Pasionaria, en una visita que le hizo para que conociera a Ana, la hija nacida de su relación con Sergei, le dijo: «Aurorita (así la llamaba su familia), lo que tú tienes que hacer es abandonar a tu marido e irte a vivir con tu familia a París». Y le hizo caso, pero sólo a medias: ella, Sergei y la pequeña Ana aprovecharon un viaje a Francia, en 1979, para pedir asilo político. Más aún: la hija pródiga de un dirigente comunista, íntimo colaborador de la idolatrada Pasionaria, empezó a colaborar en Radio Liberty, la radio más anticomunista del mundo, subvencionada con dólares yanquis. Las relaciones de Aurora y su padre quedaron definitivamente rotas. Ella no sabía que le ocultaban el secreto de su hijo; su padre tampoco ignoraba que su díscola hija, con su conducta heterodoxa, podía conducirlo definitivamente al ostracismo. Otros, por menos, acabaron en Siberia.

De París, el matrimonio Iourinien fue a vivir a Munich en 1986 y hace cinco años recaló en Praga, siempre al servicio de la antena de Estados Unidos en Europa. Fruto de su odisea, Aurora conoce más idiomas que abrazos recibió de sus padres a lo largo de su vida: habla español, francés, ruso, inglés, alemán, checo y polaco. Cambiaría todos los idiomas por haberle podido enseñar sólo uno a su hijo Rubén.

ACTO II / RUBÉN

Los límites de la resistencia

Lo tomaban por el idiota del centro infantil, quizás por el eco lejano de Dostoievski. Pero lo que siempre tuvieron claro las enfermeras que lo atendían era que se trataba de un niño muy especial, familiar de la clase elegida. «Esto fue lo que me dijeron luego las enfermeras. Hasta los cuatro años sólo recuerdo haber visto un techo blanco sobre mi cabeza, y mi cuerpo cubierto de pecho para abajo de sábanas, siempre postrado».

Rubén mece su cuerpo combado como si se tratara de una barca de feria, apoyado sobre el pecho y con las piernas rígidas y poco desarrolladas. Durante el relato de los 23 primeros años de su vida, con constantes episodios muy duros, sólo una vez rompe a llorar. Y su madre, con él. Aunque nosotros hablamos de madre e hijo, ellos, al menos durante el tiempo que este periodista permanece con la pareja en Praga, se llaman por su nombre: Aurora por aquí, Rubén por allá, pero las miradas que se cruzan delatan comprensión, ternura y un ansia inmensa de cariño sin depositario.

Cuando Rubén echó a hablar a los 4 años, todos empezaron a gritar: «Pero si habla. Habla». Y a esa edad comenzó su peregrinar por orfanatos: en 1972 lo envían a uno situado en una pequeña aldea de la región de Leningrado, hoy San Petersburgo. Si podía hablar, podía aprender a leer, y le dieron una cartilla en la que, en vez de mi-má-me-mi-ma, leía, o más bien recitaba: «yo soy muy pequeñito, no conozco a Lenin, pero lo quiero mucho».

Años más tarde, cuando quizás ya había leído los 52 volúmenes escritos por el padre de la revolución, en vez de pronunciar Lenin decía por lo bajo Lennon. «Lennon para nosotros era la libertad; Lenin, el totalitarismo. Yo odio el comunismo porque a mí y a todos los rusos nos ha hecho muchísimo daño».

La infancia y adolescencia de Rubén parecen pergeñadas por Dickens en una noche febril: antes de cumplir los 8 años, deciden curarlo de las piernas. Como las tiene encogidas, agarrotadas, pasa por el escarpelo de un famoso cirujano ruso, se las estiran y enyesan. «Así permanecí dos años, desde los 8 a los 10, con dolores permanentes, sin poder estudiar». El periodista comprueba con su vista el éxito de la operación: Rubén tiene hoy las piernas rígidas; sí, describen hacia atrás la parábola del arco de Robin Hood. Menos mal que el cirujano no intervino en el cerebro del nieto de Ignacio Gallego, brillante y certero como las flechas del defensor de los pobres.

De Leningrado lo trasladaron a otro centro próximo a la frontera con Ucrania, cuidado por campesinas no precisamente especializadas en minusválidos; de allí lo llevaron a las inmediaciones del Volga, y desde aquí fue a parar al Cáucaso, a Novocherkassk, en el sur de Rusia: «En todos los sitios me decían: "Suerte que tienes de haber nacido aquí; en los países capitalistas matan a los niños como tú"».

«Lo tremendo fue que no pude hacer amigos. Lo bueno, que desarrollé una increíble

capacidad de adaptación», desgrana Rubén en ruso, traducido por su madre, aunque también se expresa en inglés.

Rubén conocía su destino. Si no moría antes de los 16 años, como les sucedió a cinco amigos suyos (con los que jugaba por la noche al ajedrez de memoria cuando apagaban las luces, como él minusválidos mentales para la burocracia soviética), sería internado en un asilo de ancianos. Era el destino de los lisiados: qué mejor lugar para ocultarlos que encerrarlos en oscuros centros de viejos, antesala de la muerte. Oficialmente en la URSS no había minusválidos.

Novocherkassk tiene muchas historias. Particulares, de Rubén, y generales de la URSS: el 2 de junio de 1962, algunos soldados dispararon hacia arriba para asustar a manifestantes que pedían pan para sus hijos sin reparar en que en los árboles había apostados niños siguiendo tan insólito espectáculo de fuerza sindical en aquellos tiempos monolíticos. Varios pequeños cayeron abatidos al suelo, y se armó una revuelta roja de sangre, sofocada sin contemplaciones.

Rubén recuerda con humor cáustico y muy fino, más propio de otras latitudes lejanas a la Rusia del vodka, que en el asilo donde lo internaron y debería haber permanecido el resto de su vida, los niños y jóvenes minusválidos tenían que nombrar cada año dos nuevos miembros de la Konsomol, los alevines del Partido Comunista. Como el número de aspirantes era muy reducido, acabaron incorporando a los ancianos para cumplir con el cupo estipulado.

La risa se torna en llanto. Rubén recuerda el suicidio de su mejor amigo, Misha, afectado por una enfermedad degenerativa. «Durante tres años estuvo haciendo acopio de pastillas para dormir. Un buen día, se las tomó todas juntas y se mató. Me quisieron culpar a mí de haberle dado yo las pastillas. A él, mi único amigo».

Y es que, por sorprendente que parezca, Rubén David González (él escribe Gonsales) Gallego, nunca pensó en matarse. Sus 45 kilos son 45 kilos de optimismo. ¿Qué le mantuvo agarrado a la vida durante todos estos años? Quizás, como escribe José Saramago, un comunista bueno, en La Caverna, la esperanza en el día de mañana era su único condumio para mantenerse vivo.

El que esté yo aquí es un milagro. La vida es un milagro.

Entonces, ¿crees en los milagros?

Claro, yo soy religioso. Poco después del 91, cuando logré salir del asilo, gracias a la apertura que se produjo con la perestroika, me hice católico. Católico, no de la Iglesia ortodoxa. En ésta están metidos todos los sacerdotes espías y represores de la KGB.

Rubén es una caja de sorpresas contenida en un cuerpo frágil que necesita más calor ambiental del normal debido a sus dificultades para moverse. No es un Adonis. No es el paradigma de la raza eslava; tampoco podría serlo: con o sin tara es hijo de una española y un venezolano. Pero Rubén tiene una intangible capacidad de atracción. Así se explica que se enamorara de él su primera esposa, Katerina, poetisa, quien le ayudó a escapar del centro. «Digamos, mejor, que me dejaron escapar. Hubo una persona que en 1991 me dijo: tú ya no nos interesas, puedes marcharte sin que te veamos...Y me fui».

Con Katerina, además de una hija, Nadia, encontró los primeros rastros de su procedencia. Fue con ella con quien averiguó que su segundo apellido le venía de España, de un dirigente comunista español. Un fastidio para alguien como él que odia el comunismo; pero por el abuelo podía llegarse a la hebra de la madre. Antes de hallarla, encontraría a otra mujer, Alla, con quien tiene una preciosa niña, Maya, de casi 5 años.

ACTO III /AURORA Y RUBÉN

España, tierra prometida

Cuando Rubén se enteró de que era el nieto del niño porquero de Siles (Jaén), con el tiempo comandante del segundo batallón jienense en la Guerra Civil, huido a Orán al acabar la contienda y de aquí a la URSS para trabajar en la fábrica Stalin, comprendió por qué la vida le había mantenido vivo, pese a todo, en su duro regazo. «No me

dejaron morir porque era nieto de Gallego. Estoy convencido de que mis abuelos sabían que yo estaba vivo y se lo ocultaron a Aurora. Pero yo también creo que él pensaba que me darían buena vida en los orfanatos soviéticos por ser su nieto».

Encontrar a su madre no fue sencillo. Y sólo lo consiguió con la ayuda de Algis Arlaukas Pinedo, mitad lituano y mitad español, director de cine aficionado. Al enterarse de su historia, y creérsela, decidió hacer una película con Rubén como protagonista, y el ocultismo y las mentiras del sistema que imperó en la URSS como decorados ocres.

Algis, con contactos en España, se asoció con Carlos Juárez, presidente de una asociación profesional de realizadores vascos, y con un cámara aventurero, Charli, emprendieron la búsqueda final de la madre de Rubén.

¿De la madre? En realidad lo que Rubén más deseaba el pasado 23 de octubre, cuando tomó el tren de Novocherkassk con destino a Moscú, 1.000 kilómetros de distancia, y desde allí un avión hasta Madrid, era acreditar que su madre es española para poder pedir la nacionalidad y abandonar Rusia. «El invierno anterior», recuerda ahora desde el piso de Aurora en Praga, «estuve a punto de morir de frío. Yo quiero que mi hija crezca feliz en España».

El 24 de octubre de 2000 Rubén aterriza en Madrid, ya tiene el teléfono de su supuesta abuela, vecina de la capital. Esperanza, la mujer de Ignacio Gallego, es una venerable anciana de 80 años que vive sola, una soledad apenas paliada por el disfrute de tres pensiones: una por haber sido su marido diputado entre el 77 y el 82, otra por haber sido Ignacio clarinetista en la banda municipal antes de la guerra, y una tercera, que le corresponde a ella, fruto de la medalla que Francia le otorgó como miembro de la Resistencia durante la ocupación nazi.

Rubén no llama a su abuela por temor a que avise a Aurora y ésta desaparezca de nuevo de su vida. Ese día, con una cámara como testigo, el nieto acude al cementerio donde está enterrado Gallego desde 1990 para depositar un ramo de flores. Dolores Ibarruri había fallecido un año antes.

Como creen que Aurora reside en París, emprenden viaje en una desvencijada furgoneta Renault prestada. Allí descubren una pista sobre Aurora: trabaja en Radio Libertad. ¿Pero dónde, en Munich o en Praga?

Tras 8.000 kilómetros de viaje, Rubén, que no puede permanecer sentado más de media hora, llega a Praga con sus amigos, la ciudad donde una primavera de 1968, justo el año en que él vino al mundo, un joven comunista llamado Dubcek tuvo un sueño: poner en práctica un socialismo más abierto, un socialismo de rostro humano.

El 6 de noviembre, urgidos por la falta de tiempo, pues tenían un billete de vuelta a Moscú desde Madrid para el día 11, las piezas del puzzle de la vida de Rubén y de Aurora encajaron de pronto. «Soy tu hijo, no estoy muerto. Si quieres verme, acude al Dunkin' Donuts a las 20.30», decía la escueta carta entregada en mano a la madre por un compañero de Rubén.

Aurora llegó un cuarto de hora antes. Treinta y dos años después iba a ver de nuevo a su hijo. Esta historia está llena de simbolismos: Rubén nació en septiembre de 1968 en Moscú, justo cuando en esa misma calle de Praga donde iba a reencontrarse por fin con él los tanques rusos hicieron temblar la estatua ecuestre del patrón San Wenceslao poniendo fin al sueño de Dubcek. La misma estatua que Aurora podía ver desde la silla de plástico del local de dulces americanos donde esperaba a Rubén.

Enseguida que lo vi supe que era mi hijo. Lo sentí. Además, es clavado a su padre.

Supe que era mi madre cuando me dio un masaje en su casa. Tenía todo el cuerpo destrozado tras nuestro viaje épico.

En el primer piso de la calle Smeckach, la calle de los disidentes, Aurora y Rubén saborean su venganza. Él, con seis kilos ganados desde el 6 de noviembre, jactándose de su buena suerte por haber sobrevivido a una muerte escrita. Ella, por haberse rebelado contra el ambiente familiar, lleno de secretos y oscuras complicidades. «En realidad, mis padres no se consideraban responsables de nosotros desde mucho antes

del nacimiento de mi hijo Rubén. Eran fanáticos. En los sistemas totalitarios, es el Estado o el partido el que se hace cargo de los hijos. A los niños rusos les enseñaban que Stalin era un padre y Lenin un abuelo».

Junto al ordenador, Rubén, que es un virtuoso de la informática y el Internet, tiene varios libros en ruso y en inglés. Uno de ellos es Quo Vadis: él sí sabe adónde quiere ir, a España. Sólo necesita que el Gobierno le conceda la nacionalidad. El embajador de España en la República de Chequia, Santiago Cabana, ha conocido los detalles de la increíble historia de Aurora, Rubén y el abuelo supuestamente desalmado a través del periodista de CRÓNICA. Y se compromete a hacer todo lo posible para facilitarle la vida a la madre y al hijo. «Y con el mayor cariño, no se merecen menos».

Ella, Aurora o Esperanza, los dos nombres le encajan, se recupera del manotazo de un cáncer de pecho. Su casa parece la Biblioteca de Alejandría: no por el número de títulos sino por la variedad de idiomas en los que están escritos. Also Sprach Zarathustra (Así habló Zaratustra), de Nietzsche; las Memorias de Carrillo («Éste no he podido leerlo»), L'être et le néant (El ser o la nada), de Sartre... Sin angustia, dice: «No se puede recrear una relación madre/hijo en nuestro caso, recuperar 32 años. Pero puedo ayudar en algo. Puedo acompañar a Rubén a España y hacer que su vida sea un poco más suave, y que la vida de sus hijos, ya que él los ha podido criar, sea un poco más alegre».

[Sigue-->](#)

CRÓNICA es un suplemento de  elmundo.es